**Biopolítica**

Una lectura desde la resistencia

**Nicolás Ried**

Lo político se ha reducido al debate liberal sobre qué modelos de administración del dinero son más justos: un debate universalista que discute si acaso reforma o revolución. Esta es una reflexión desde un modelo de análisis entregado por Michel Foucault, la biopolítica, que tiene en cuenta cómo pensar lo político como algo que no está relacionado con el dinero y una acción política no enfocada en la revelación de las formas de dominación sino en los modos en que podemos resistir. De esa manera, disponemos del análisis biopolítico del poder para situar nuestros ojos en las formas en que podemos construir resistencia, y pensar así la comunidad que vivimos: pensarnos como comunidad es la primera forma de resistir.

I

*Liberalismo* es el nombre de la paradoja de nuestros tiempos: la manera de entender lo político como libertad, pero entender la libertad como un imperativo. El liberalismo, en la forma del neoliberalismo, promociona la libertad como negación de la intervención estatal en la vida privada de los ciudadanos. Una negación al poder estatal, es una negación que permite el despliegue de diferentes formas del poder que, sin ser estatales, gobiernan la vida de la población. El liberalismo, en este sentido, es la forma en que el poder abandona el Estado como fuente única del poder para regular, disciplinar, normalizar y sujetar todas las formas de vida de la población por medio de otras maneras (o bien, es el modo en que el Estado se extiende de manera tal que se ocupa de la totalidad de funciones de la vida de las poblaciones). Michel Foucault bautizó las formas que adopta el poder sobre la vida en el liberalismo como *biopolítica*.

No es posible comprender las prácticas políticas en el Chile posterior a la dictadura militar sin considerar el análisis del poder que se ejerce de manera biopolítica. Chile, el país que funcionó como experimento del neoliberalismo durante la dictadura militar de Augusto Pinochet, es una producción que opera sobre la paradoja de la libertad liberal: el imperativo “sé libre” es la manera en que el poder pasa desde el Estado hasta las prácticas de cada uno, funcionando en todos los planos de la vida de los ciudadanos. El neoliberalismo en Chile fue una respuesta a un orden económico que atentaba contra el emprendimiento individual, pero a la vez fue la manera definitiva en que la dictadura impregnó su poder en la vida misma: tras el término formal de la dictadura de Pinochet, debemos sostener que ésta sigue presente en la política, esto es la forma en que las personas viven en común.

Es pertinente reflexionar sobre el poder en la forma que adopta biopolíticamente, teniendo en cuenta que es la realidad del poder liberal. De esta manera la biopolítica entendida como el fenómeno en que el poder gobierna la vida misma, nos entrega las pistas de cómo funciona realmente el poder soberano, pero mucho más importante que eso: las prácticas de resistencia. Tal como no podemos anticipar dónde caerá un rayo desde el cielo, no podemos prescribir cuáles son las formas de resistencia ante nuevos dispositivos de poder. Podemos, ciertamente, conocer de antemano la capacidad destructiva de un rayo e instalar pararrayos: incluso podemos reutilizar su energía.

Particularmente, lo que aquí nos interesa es el despliegue del poder biopolítico, pero para pensar las prácticas que escapan de ese poder y que producen un contra-poder. Nos interesa el control sobre la vida, porque nos interesa la resistencia y las posibilidades de hacer política.

II

Se adjudica a Michel Foucault una filosofía analítica del poder.[[1]](#footnote-1) El autor realiza investigaciones situadas históricamente, en prácticas e instituciones, sobre el funcionamiento del poder. Los análisis de Foucault sobrepasan los análisis tradicionales del poder, porque su concepto de lo político es distinto: al pensar en el poder, Foucault piensa directamente la resistencia. “Donde hay poder hay resistencia”,[[2]](#footnote-2) escribe a propósito de las características del poder que intenta describir. Siendo ese, en la lectura que aquí trabajaremos, el punto de comienzo de la filosofía política de Foucault. Decir que donde hay poder hay resistencia, significa: (1) que sin poder no hay resistencia; (2) que la resistencia depende del tipo de poder que se ejerce; (3) que la resistencia es afirmación de contra-poder, antes que negación de poder; (4) que ni el poder ni la resistencia se ejercen universalmente, sino siempre de manera situada y localizada.

Hacia 1976, publicó el primer tomo de su *Histoire de la sexualité* [*Historia de la sexualidad*], en la que sostuvo por escrito ideas que ya venía desarrollando oralmente en los cursos que realizaba en el *Collège de France* desde 1975. En el libro, esboza las bases para una historia de la sexualidad, considerando a ésta como un enclave en el que se encuentra una forma del poder que desatiende las concepciones clásicas sobre éste. Escribe:

“Por poder no quiero decir ‘el Poder’, como conjunto de instituciones y aparatos que garantizan la sujeción de los ciudadanos en un Estado determinado. Tampoco indico un modo de sujeción que, por oposición a la violencia, tendría la forma de la regla. Finalmente, no entiendo por poder un sistema general de dominación ejercida por un elemento o un grupo sobre otro, y cuyos efectos, merced a sucesivas derivaciones, atravesarían el cuerpo social entero”.[[3]](#footnote-3)

No se refiere al análisis del poder político “científico”: no se trata del análisis liberal de las potestades excesivas del Estado en las vidas privadas de los ciudadanos, ni del análisis marxista de la opresión de una clase a otra. Este análisis del poder sitúa su ojo, no en el poder mismo, sino en sus efectos. Foucault está pensando en la práctica de la libertad, como efecto del poder. Y es precisamente porque el poder se manifiesta de muchas maneras distintas que debemos pensar constantemente las maneras de resistir, de practicar la libertad, de imaginar nuevas formas de vivir.

Contrario a la concepción de un poder que proviene *desde arriba*, Foucault reconoce que sobre la sexualidad opera una forma particular del poder que se suma al clásico poder soberano. Ya no sólo opera el poder del soberano a *hacer* morir y *dejar* vivir, sino que a eso se suma el poder de *hacer* vivir y *dejar* morir.[[4]](#footnote-4) Ese poder sobre la vida, lo denomina *biopoder* y se despliega de dos maneras: mediante el poder disciplinario del cuerpo, *anatomopolítica*, por una parte; y mediante el control regularizador de la población, *biopolítica*, por la otra. Existe un poder sobre cada uno de los cuerpos, a la vez que sobre la población toda; sobre cada uno y sobre todos.

Foucault desacraliza el poder como una cuestión ideológica y lo instala en la vida misma. Por ello, no se puede hablar universalmente ni de poder ni de resistencia, bajo esta lectura: el poder es situado, como situada es la resistencia. Por ello no hablamos de resistencia, sino de *prácticas de resistencia*. Ante el biopoder, esas prácticas adoptan la forma afirmativa de lo que denominaremos *prácticas pro-vida*. Si la biopolítica es el fenómeno histórico en que la vida se convierte en objeto de la política, en que el poder produce e impone formas de vida, la resistencia no puede pensarse como negación de la vida, sino de manera precisa como la afirmación de otras vidas. En ese sentido, la prácticas de resistencia ante las manifestaciones del poder biopolítico, son pro-vida ya que buscan la multiplicidad de la vida antes que su uniformidad y reducción: el poder biopolítico regulariza la vida de modo tal que hace de ella un estándar aplicable como regla a la población, de esa manera la forma de pensar la resistencia radica en la posibilidad de pensar una multiplicidad de vidas por fuera de esa regla. Más vida es más formas de vida.

Foucault muestra el poder porque no puede mostrar la resistencia, por el hecho mismo que no hay tal cosa como el universal “el poder” ni tampoco “la resistencia”: lo que hay son prácticas de poder y de resistencia localizadas y específicas que dan cuenta de la subjetividad que se construye en esa relación que podríamos denominar política.

III

En la clase del 17 de marzo de 1976, en el *Collège de France*, Foucault cierra su curso llamado *Il faut défendre la société* [*Defender la sociedad*]. En esta clase expone los dos modelos de poder que funcionan desde el siglo XVIII: el modelo de poder del soberano y el modelo del biopoder. Ejemplifica el encabalgamiento de ambos modelos en una imagen: la muerte del dictador Francisco Franco. Foucault escribe:

“[… E]l más sangriento de los dictadores, que durante cuarenta años hizo reinar de manera absoluta el derecho soberano de vida y de muerte y que, en el momento en que va a morir, entra en esa especie de nuevo campo del poder sobre la vida que consiste no sólo en ordenarla, no sólo en hacer vivir sino, en definitiva, en hacer vivir al individuo aun más allá de su muerte”.[[5]](#footnote-5)

Un poder de hacer morir y un poder de hacer vivir que, juntos conforman una nueva constelación de dispositivos que gobiernan la vida completa de las personas. El ejemplo de Franco es perfecto: el representante por excelencia del poder soberano de la espada, sufre una muerte precedida de una extensa agonía. Cuatro infartos en una semana, seguidos de una hemorragia y una peritonitis, provocaron un despliegue de los dispositivos médicos que intentan mantener esa vida, haciendo vivir al dictador hasta que el médico decide no seguir interviniéndolo: por no matarlo, lo arroja a la muerte. El individuo Francisco Franco deja de estar sujeto al biopoder y se transforma en un montón de carne.

El dictador de Chile, Augusto Pinochet asistió en 1975 al entierro de Francisco Franco. Es la muerte de Pinochet en 2006, la que completa la muerte de Franco. Cerrando la imagen que nos entrega Foucault, muere el soberano de cuya espada aún corre la sangre de sus víctimas, y muere el dictador que, dejando limpia su espada, proyecta su sombra sobre un sistema económico que se alimenta de la vida misma de todos sus presentes y futuros gobernados. El gobierno sobre la vida es total, quedando sólo la muerte más allá de lo político: Pinochet sufrió menos que Franco, dado que la tecnología del *bypass*, de uso común en 2006, trajo la muerte del dictador chileno tras sólo un infarto. Sin embargo, aunque muerto Pinochet, el sistema neoliberal que parió durante su régimen sobrevive más allá de su muerte. Muchos han defendido a Pinochet como un dictador de menor calibre al atender a la sangre derramada en su dictadura, en gran parte porque lo suyo no era el asesinato público, sino el desaparecimiento y tortura secreta de opositores. Pero sin dudas, Pinochet fue el artífice de una forma más duradera de gobierno: el gobierno sobre la vida no depende de la decisión que el soberano tenga sobre la espada, puesto que lo que está en cuestión es la vida misma, desde la imposición del nacimiento hasta las formas en que se debe morir, pasando por el sistema de educación, las maneras en que se trabaja, las prohibiciones sexuales y la regulación del dinero.

IV

¿Qué es lo político de la biopolítica? Que la vida se politice significa que la decisión sobre la vida y la muerte no se presenta exclusivamente en nivel de un coliseo: matar o dejar vivir. Significa que la vida misma es el asunto de la decisión. Foucault escribe:

“Durante milenios, el hombre siguió siendo lo que era para Aristóteles: un animal viviente y además capaz de una existencia política; el hombre moderno es un animal en cuya política está puesta en entredicho su vida de ser viviente”.[[6]](#footnote-6)

Foucault nos presenta una lectura de lo político basada en la disputa por los conceptos. Así, el concepto “vida” es aquel que está en disputa en el momento de despliegue del biopoder. Esto es de particular interés, dado que podría entenderse el uso del sufijo “política” como sinónimo de poder: anatomo-*política* sería el poder que se ejerce sobre el cuerpo del individuo mediante la disciplina (pensemos en *Surveiller et punir* [*Vigilar y castigar*]); bio-*política* sería el poder ejercido sobre la población mediante la regularización de la vida. Pero Foucault nuevamente está pensando el poder como una disputa inherente con la resistencia a ese poder: la máxima *donde hay poder hay resistencia* aquí toma la forma de su concepto de lo político. Tanto al poder disciplinar como al poder sobre la vida, les corresponde una resistencia específica, siendo esa lucha entre poder y resistencia lo que hace de aquellas formas de la normalización lo político.

La concepción clásica de la política distingue la vida biológica de la vida política, pero ante el ejercicio del biopoder, lo político es el espacio en que incluso la vida es un concepto en disputa: biopolítica es el momento en que la vida es una cuestión política, pero a la vez es el modo en que lo político se lee desde el cuestionamiento de la vida misma. Así, la biopolítica es la expresión del poder a través de la regularización de la vida, pero también la lucha por producir formas de vida distintas de esa que impone el poder: la biopolítica es el campo de batalla en que las racionalidades y tecnologías del poder disputan la propiedad de la vida con los sujetos cuya práctica es la de resistir. A esto último, precisamente Foucault lo denomina *políticas de la resistencia*, atendiendo a que la resistencia no es una, como el poder no es uno, pero también a que no hay biopoder sin *bioresistencia*, porque la política es el encuentro del poder con la resistencia.[[7]](#footnote-7) Aunque si sostenemos una tesis más radical, podemos decir que el sujeto *es* en cuanto resiste, que no hay poder, sino que hay prácticas de resistencia, por lo que las prácticas de resistencia son políticas del sujeto.

V

“Franco ha muerto” decía Carlos Arias Navarro, más conocido como *El carnicero*, a españolas y españoles por televisión. Franco murió tras larga agonía, siendo sostenido hasta el último momento por el médico que decidiera no seguir interviniendo sobre el cuerpo del dictador: no lo mató, pero lo dejó morir. El artista español Federico Sánchez Castillo requirió al Estado español el uso de la máscara mortuoria de Francisco Franco, a fin de ocuparla como molde para fabricar un busto de su cabeza. El Estado le negó la solicitud. Sánchez Castillo, sin embargo, no se rindió y logró contactar al artesano que hizo la máscara mortuoria del dictador. Tras reunirse con él y hacer buenas migas, el artesano le confiesa su mayor secreto: tras hacer el negativo de la máscara, quedó pegado pelo de la ceja de Franco que conservaba como reliquia. El artesano decidió regalar al artista el pelo, para que hiciera lo que le pareciera. Sánchez Castillo puso las cejas al centro de dos inmensas láminas de vidrio blindado y las expuso: Franco no había muerto. Si recordamos un filme como *Jurassic Park* (Steven Spielberg, 1993) podemos imaginar una tecnología tal que permita revivir a un ser vivo a partir de cualquier elemento que contenga su información genética: podemos pensar que Franco vive a través de sus cejas, sin tener un cuerpo. Franco no muere porque el poder liberal no mata, sólo arroja a la muerte, mientras que la ciencia hace vivir: mientras la ciencia pueda hacer vivir, no es necesario un cuerpo, sólo una pelo de la ceja. La idea del monarca que no muere, que está por sobre la muerte, que es inmortal, es la manifestación del poder biopolítico, operando negativamente sobre la población que funciona de acuerdo a tasas mortalidad.

Esta anécdota nos presenta una problematización del concepto que da forma al poder biopolítico: la vida puede comprenderse tanto como una cuestión biológica, de un cuerpo con signos vitales, pero también puede comprenderse como el estilo de vida que una persona desempeña en una comunidad determinada. Así, el poder del soberano de matar operaba sobre la vida biológica, terminándola; mientras que el poder biopolítico regulariza las formas en que la vida misma se presenta en una comunidad. Al decir que la resistencia se presenta como un conjunto de prácticas “pro-vida”, lo que decimos es que la resistencia al biopoder se presenta como una afirmación de otras vidas, distintas de las que regula la norma del vivir. Ante un modelo de vivir la vida, se opone la multiplicidad de la vida. La metáfora que ocupa el artista, al decir que Franco no ha muerto, es que a pesar de haber dejado de existir el dictador que acababa con las vidas de sus opositores, persistió un sistema que regulaba las formas de vivir de modo tal que muchas formas de vida son muertas. Lo mismo con Pinochet: los dispositivos que se reproducen y despliegan ante su muerte sólo confirman la extensión del poder biopolítico.

1. CASTRO, Edgardo. “Poder”. En su: *Diccionario Foucault. Temas, conceptos y autores*. Buenos aires, Argentina: Siglo XXI editores. 2011, pp. 303 – 304. [↑](#footnote-ref-1)
2. FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*. Buenos aires, Argentina: Siglo XXI editores. 2009 [1976], p. 91. [↑](#footnote-ref-2)
3. FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*. Buenos aires, Argentina: Siglo XXI editores. 2009 [1976], p. 88. [↑](#footnote-ref-3)
4. “Podría decirse que el viejo derecho de *hacer* morir y *dejar* vivir fue reemplazado por el poder de hacer *vivir* o de *arrojar* a la muerte”. En: FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*. Buenos aires, Argentina: Siglo XXI editores. 2009 [1976], p. 130. [↑](#footnote-ref-4)
5. FOUCAULT, Michel. *Defender la sociedad*. Buenos aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica. 2010 [1976], p. 225. [↑](#footnote-ref-5)
6. FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*. Buenos aires, Argentina: Siglo XXI editores. 2009 [1976], pp. 135. [↑](#footnote-ref-6)
7. En este punto, hace sentido la lectura de Jacques Rancière sobre *lo político*. Más adelante, mostraremos la relación genealógica entre el concepto de lo político de Foucault y el de Rancière. [↑](#footnote-ref-7)